

BREVE DISCURSO A LOS PSIQUIATRAS

(*PETIT DISCOURS AUX PSYCHIATRES*)

Jacques Lacan

PRESENTACIÓN

El 10 de noviembre de 1967, Jacques Lacan dio una conferencia en el anfiteatro Magnan del Hospital *Sainte-Anne* en el marco del *Cercle d'études psychiatriques* creado junto con Henri Ey en 1966.

Esta conferencia que trata del psicoanálisis y de la formación del psiquiatra, fue, autorizado por Lacan, re-transcripta a partir de su registro sobre banda magnética bajo el título *Petit discours aux psychiatres* (“Breve discurso a los psiquiatras”).

La retranscripción mantiene las repeticiones y los lapsus de Lacan y también los suspensos, las vacilaciones, las escansiones de su voz (en punteado), así como sus estallidos (palabras o pasajes en mayúscula) La utilización de corchetes indica los momentos en que la retranscripción no es confiable o está totalmente ausente, también permite señalar las reacciones de la sala.

Dr. Lacan:

Les agradezco por haber venido así, tan numerosos. Voy a intentar no volver demasiado desagradable esta convivencia circunstancial, dada esta especie de atención colectiva que ustedes coinciden en concederme.

Sin embargo, en principio no tendría para decirles cosas especialmente alentadoras esta noche. En todo caso, no era con esta intención que había aceptado hablar, así, casi a solas, porque es más o menos así que se me habían presentado las cosas. Y si elegí, porque soy yo quien lo eligió, este título: *Formación del psicoanalista* y...

*psicoanálisis*¹ [*sic*], es porque eso me parece un tema especialmente importante, pero a propósito del cual fui llevado a comenzar por, mi Dios, lo que puede verse, tocarse, lo que verosímilmente, está ya allí como resultado, a saber, una constatación bastante desengañada.

La formación del psiquiatra no parece ser algo muy simple ni que vaya de suyo, casi diría; que hasta cierto punto la prueba es este enorme programa en el cual se me inscribe. Hay que hacer un esfuerzo enorme para desplazar tantas personas para la “formación del psiquiatra”. En fin... es cierta concepción de la formación lo que se expande cada vez más: se forma, se forma. Se forma con ayuda de comunicaciones, conferencias, amontonamiento de temas; respecto de lo cual, por otra parte, se podría de vez en cuando preguntarse cuál puede ser el resultado, porque no se puede decir tampoco que lo que ustedes vayan a oír aquí, sobre lo que los concierne como psiquiatras –supongo que los hay aquí en una amplia mayoría–, no van a oír temas que sean todos convergentes, e incluso ni siquiera compatibles. Entonces, ¿qué van a hacer? ¿Una síntesis, como se dice? Se puede llamar a eso de otro modo... ¡por qué no también fárrago! Hay que decir que a veces se plantea seriamente la cuestión de la diferenciación entre el fárrago y la síntesis.

Entonces evidentemente, esta formación del psiquiatra, por el momento parece arrastrar mucho desorden en el espacio y en el tiempo.

Se trata de ver... se trata de ver ahí dentro cuál es el papel que puede y debe ser reservado al psicoanálisis.

El lado desengañado del que hablaba recién, es a primera vista esta conjunción que verdaderamente está al alcance de todos —creo que nadie, aquí o allá, en fin, ahí donde hay psiquiatras o donde se hace psiquiatría, levantará la voz contra lo que voy a adelantar—, es que el psicoanálisis, en el nivel en que estamos —cierto— en el nivel colectivo —hablo no de los efectos localizados del psicoanálisis en tal o cual, eso es otra cuestión a la que volveremos luego—, sino, en fin, a nivel del efecto de masa... —empleo el término que Freud emplea cuando se trata de lo colectivo, es un término que me parece excelente, porque eso no supone... nada en común, ese término masa, no es una conciencia colectiva. No hay necesidad de conciencia de masa, hay efectos de masa —pero al nivel de los efectos de masa que no son más que la suma de cierto número de efectos particulares que se producen—, eso tiene como resultado en general hacer que el psiquiatra se ocupe cada vez menos de lo que se llama el enfermo. El se ocupa cada vez menos de eso, porque está ocupadísimo con su formación psicoanalítica y porque piensa que en tanto no tenga la clave que pueda darle el psicoanálisis, bien, mi Dios, no vale la pena hacer lo que no será hasta ahí más que un desmalezado grosero, una aproximación desconsiderada.

El resultado es que durante su período de formación, precisamente el del internado, no piensa en absoluto en lo que es su posición de psiquiatra: se considera como psicoanalista en formación. Es para el futuro venturoso que se esperará el resultado.

¹ La conferencia había sido anunciada bajo el título de “El psicoanálisis y la formación del psiquiatra”.

Además, cierto número de malentendidos existentes en la base, por ejemplo los que florecen en la boca de los candidatos... —debo decir que al corriente de una existencia larga, he visto ya presentarse ante mi no pocos candidatos a la posición de psicoanalista, empezando la entrevista les pregunto: “¿en fin, qué puede impulsarlo en esta vía?”... Por supuesto es una pregunta a la cual sobreabundan las repuestas, pero hay una, que es siempre la que se adelanta porque es evidentemente la más noble: el deseo de comprender a sus enfermos. Evidentemente no puedo decir que no sea un motivo completamente aceptable, en efecto, lo primero que aparece y puede muy bien manifestarse es que hay algo que no va del lado de la comprensión cuando se está en presencia de lo que de todos modos, hay que decirlo, es el corazón, el centro del campo del psiquiatra y hay que llamarlo por su nombre: el loco. Psicótico, si ustedes quieren.

Solamente que no hay en el mismo marco sólo eso en la experiencia de un psiquiatra, hay también un montón de otros enfermos que vienen por razones policiales; pero en fin, afinemos nuestros violines, sepamos de qué vamos a hablar: del loco. Se puede hablar de un montón de otras cosas que no son los locos, aunque sea gente que viene a los mismos lugares en que se asiste al loco, son dementes, gente debilitada, desintegrada, disgregada, puesta de manera pasajera en estado de minusvalía mental; eso no es, hablando con propiedad, objeto del psiquiatra.

Es por eso que hay que hacer una gran diferencia entre cierta teoría que puede llamarse con mayor o menor razón desestructuración de la conciencia o cualquier otro modo de órgano-dinamismo, jugando en el sentido de una función menor que aparece sin embargo justamente en la medida en que el llamado órgano-dinamismo tuvo todo el tiempo... en fin... de esparcir sus luces, hay que cambiar de registro cuando se habla, hablando propiamente, del loco. Por otra parte inclusive los propios representantes de este órgano-dinamismo, experimentan la necesidad del cambio de registro y no pueden clasificar de manera unívoca las demencias y las locuras en el mismo registro, digamos, jacksoniano. Cuando se está de ese lado, hay que hacer intervenir otra cosa, en concepto de lo que se llama la personalidad, para comenzar a... y ya no sólo de la conciencia cuando se trata del loco.

Ahora bien, a ese loco es verdad que no se lo comprende y se viene a buscar al psicoanalista, declarándole que... es la esperanza, en fin, la... la certidumbre, porque es un rumor que se ha difundido que el psicoanálisis ayuda a comprender, y es así que se entra rápidamente en este camino del psicoanálisis; de ahí sin embargo a comprender al loco, está claro qué se puede esperar, en razón de que es completamente errado creer que sea en ese registro de la comprensión que debe jugar el análisis. Quiero decir que del análisis, lo que puede influir sobre el loco, por supuesto que eso va de suyo, pero incluso en sí mismo, el psicoanálisis no es en absoluto una técnica cuya esencia sea prodigar la comprensión o establecer entre el analizado y el analista sea lo que fuere, que fuese de este orden, si damos a la palabra “comprensión” un sentido, el sentido jasperiano por ejemplo; esta comunidad de registro, ese algo que va a arraigar en una suerte de *Einfühlung*, de empatía, que haría que el otro se nos volviese transparente a la manera ingenua en la que nos creemos

transparentes a nosotros mismos, aunque más no fuera porque ¡justamente el psicoanálisis consiste en descubrir que no somos transparentes a nosotros mismos! Entonces, ¿por qué es que los otros nos lo devendrían?

Si hay algo que el psicoanálisis está hecho para resaltar, para poner de relieve, no es ciertamente el sentido, —en el sentido en efecto en que las cosas hacen sentido, donde se cree comunicarse un sentido—, sino justamente marcar en qué fundamentos radicales de sin-sentido (*non-sens*) y en qué sitios, existen los sin-sentido (*non-sens*) decisivos sobre los que se funda la existencia de cierto número de cosas que se llaman los hechos subjetivos. Es mucho más en la localización de la no-comprensión, por el hecho de que se disipa, de que se borra, de que se sopla el terreno de la falsa comprensión, que algo favorable puede producirse en la experiencia analítica.

De modo que, como lo ven, esta experiencia del candidato psiquiatra que viene como candidato a hacerse analizar, ya ven que desde los primeros pasos, el primer minuto, el primer segundo del acceso, se entra en el plano del malentendido al que puedo calificar de más radical, porque en verdad les dije recién que es la gran mayoría de gente a la que vi, entre los candidatos que escuché, hacer esta declaración de intención, como se dice, pero... es porque... en fin, ya se los dije viéndolos tan numerosos, me enternecí un poco, había llegado acá con un discurso hecho de rugidos, entonces atempero... pero en realidad NO HAY NI UNO que no me haya dicho también: “¡Vengo para comprender mejor a mis pacientes!” Puedo decir que TODOS arrancan sobre este error de principio. Es decir todo... Naturalmente yo no estoy ahí así, frente a candidatos para enseñar la doctrina, la teoría, para enderezar o discutir, estoy ahí para registrar con qué pie arrancan. Todos arrancan como lo ven, con el pie indebido. En fin, no están para nada esclarecidos del todo. Puede preguntarse hasta cierto punto, cómo se hace, porque en fin, lo que acabo de decirles, no es la primera vez que se los digo. Machaco eso, mi Dios, entre otras cosas, desde ahora... ya... se entra ahora en el décimo-séptimo año de mi enseñanza. Como ustedes ven, el efecto, en fin, ¡es... magistral, es el caso decirlo!. Es decir que, por supuesto, hay cosas que no penetran, simplemente por ser enseñadas *ex cathedra*.

Puede ser que haya gente que tenga una sospecha de la validez de lo que acabo de decir. Pienso que, en general es el caso de la gente que analicé yo mismo y por otra parte también de todos aquellos que hayan pasado por un verdadero psicoanálisis. Si el psicoanálisis debe enseñarles algo, es evidentemente que lo que se recoge al final no es del orden de la intersubjetividad del sentido, tenido por sublime. Es una experiencia de un orden totalmente diferente. Lo que se ganó es precisamente ver que lo que se creía comprender tan bien, justamente no se comprendía para nada, y eso no quiere decir —en la medida en que se conquistó otra cosa—, que esté enteramente caracterizada en la nota que estaría constituida por el hecho de lo que se podría llamar una comprensión más profunda. Si no es eso lo que se recoge por supuesto, al final, diría que generalmente de eso no se sale intacto.

El hecho pues, de que el prejuicio continúe circulando en el discurso común es precisamente algo encaminado a hacernos palpar la falla que puede haber entre el discurso común y esta experiencia, esta experiencia que es la del análisis y de la que

parece entonces, que si ustedes se remiten a todo lo que acabo de decir, a mis palabras precedentes, naturalmente insistí mucho sobre esa... esta cosita del umbral —porque después de todo considero que es lo que está más inmediatamente a vuestro alcance, ya que no supongo que todos los que están aquí hayan entrado ya en esta vía—, del umbral y luego del resultado final que ubiqué recién en el nivel colectivo, como en fin, como... no se cuál, no se cuál... cuál es ciertamente el objeto de cuestiones válidas y que podemos llamar, designar con un término que no es mío, que tomo de un joven interno que vino ante mi a intentar decirme, en fin, lo que él experimentaba, él que era efectivamente de las personas más sensibles que encontré, en lo que constituye la experiencia que es la de la posición del médico que aborda el campo del loco, la realidad del loco, la confrontación con el loco, el enfrentamiento con el loco. Debo decir que es bastante excepcional, quedaba bastante... bastante vivo, bastante fresco, bastante nuevo, en lo que hay —digamos la palabra— de angustia en este encuentro, en este enfrentamiento; no le parecía a él que el psicoanálisis disminuyera en nada esta nota del encuentro con el loco. Para caracterizar lo que era, en fin, lo que se llama la sala de guardia, a saber: una masa colectiva con la cual él estaba y la relación de lo que ahí sucedía con el psicoanálisis, él encontró una palabra que es, a fe mía, excelente y que data completamente lo que es el efecto de la introducción del psicoanálisis en el campo —digamos desde hace una treintena de años—, en el campo francés, el resultado es una cosa que él llamó: un profundo [y... muy] acentuado PASIVO.

De hecho es muy sorprendente, es muy sorprendente que desde cierto número... cierto tiempo que corresponde a esa treintena de años de la que acabo de hablarles, no hubo en el campo de la psiquiatría, en el campo de la relación con este objeto: el loco, ¡no hubo el menor, ni el menor descubrimiento! Ni la menor modificación del campo clínico, ni el menor aporte. Con todos los medios de interrogación acrecentados considerablemente, en fin... que... se tienen a mano, está claro que todo lo que se ha podido ver especificar así, incluso en cierto momento, con un pequeño alfilerado (*épinglage*) de... de eslabón psíquico, la asociación de ciertos cuadros con ciertas dosificaciones, en fin... todo eso ha sido siempre extraordinariamente fugaz, al cabo de dos o tres años nadie habla ya del pequeño síndrome que tal o cual describió y nosotros nos quedamos con la bella herencia del siglo decimonoveno que está ahí constituida, integral, ¿no es cierto... ? Evidentemente se agregó un poco a lo [que se había dibujado, no hablemos de los grandes nombres franceses que no pronunciaré más], para hablar de otro... se agregaron algunos detalles, algunos retoques, pero en el conjunto... en fin, ¿qué son los últimos, los últimos complementos constituidos técnicamente, a los que llamo descubrimientos? ¿son especificación de tal o cual entidad clínica? Y bien, es Clérambault. Clérambault... Ahora si ustedes van a buscar hasta la punta más extrema, ahí donde se vuelve completamente minúsculo, tomen este último retoque: mi tesis, la paranoia de autocastigo. Agrego un cosito al emprendimiento Kraepelin-Clérambault. ¡Bueno! ¿y después qué... ? Pregunto... En fin, eso me interesaría por otra parte, quizás olvido algo, ¿alguien que haya aportado un nuevo cuadro clínico? Evidentemente, no todo está en la clínica, pero en fin, la

clínica traduce, traduce algo sin embargo en el sentido de la comprensión o de la extensión, no sé, pero seguramente en el sentido de lo que es, en fin, de lo que debería ser la psiquiatría. Ahora, como saben, la psiquiatría —lo oí en la televisión—, la psiquiatría entra en la medicina general, sobre la base de que la medicina general misma entra íntegramente en la dinámica farmacéutica. Evidentemente se producen ahí cosas nuevas: se obnubila, se atempera, se interfiere o modifica... Pero no se sabe para nada lo que se modifica, ni por otra parte adónde irán esas modificaciones, ni incluso el sentido que tienen, puesto que se trata de sentido.

Entonces, es decir qué... bueno, [tenemos bastante] de esas cosas, pienso que el [test] de la cosa, la referencia, sea lo que les dije recién, a saber ese joven que parecía distinguirse entre todos sus camaradas, [por marcar], por llamar por su nombre eso que le parecía verdaderamente irreductible: la angustia. Ella era para él absolutamente coextensiva a su experiencia con el loco. Él no se creía, por estar en el psicoanálisis, no se creía menos, por lo tanto, con el deber de ir... en fin, de hacer su visita al loco.

¿[Vamos] nosotros a dar a este [efecto / su afecto] de angustia una especie de valor místico? No, para nada, no es eso. El hecho de que se esté angustiado, no es porque sea la angustia lo importante. [Hablo] no de una experiencia existencial, ¿[estoy ahí] para impulsarla, para hacer de algún modo el elogio de un rasgo característico? No, [no dije eso esta noche] Pero en fin, dejando de lado lo que la angustia tiene de angustiante, diría que sin embargo es totalmente decisivo que, para concebir solamente lo que es, lo que corresponde al loco, hay que tener en cuenta esto, es que el que se planta en su presencia, en la posición del psiquiatra está, lo quiera o no, preocupado. ¡Está irreductiblemente preocupado! Si él no se siente preocupado es —ahí es algo totalmente demostrable, tangible, sin que se tenga necesidad por lo tanto de hacer intervenir la experiencia psicoanalítica—, si él no está preocupado, es por ciertos procedimientos que se manifiestan cuando se observa de cerca, de manera indiscutible, se sea psicoanalista o no, por el hecho de que se protege de esta preocupación, si me permiten. Es decir que interpone entre él y el loco, cierto número de barreras protectoras que están al alcance de los grandes popes, pone por ejemplo, otras personas que si mismo, ¿no es cierto?, que le proveen relaciones... Y luego, para aquellos que no son grandes popes, basta tener una pequeña idea, un órgano-dinamismo por ejemplo o cualquier otra cosa, una idea que los separe de... de esta especie de ser que está frente a ustedes, que es el loco, que los separe alfilerándolo (*épeinglant*) ¿no es cierto?, como una especie entre otras de coleóptero extraño del que se trata de dar cuenta así, en su estado natural.

Qué es [...] este “preocupado”, no es para nada forzosamente un afecto; por supuesto que eso toma la forma, la forma de la angustia, como decía recién [...]. La angustia no es un afecto así, tan simple como eso, en tanto afecto. La prueba que... la penuria que uno se da para dar cuenta de ello: “miedo sin objeto” por ejemplo, como se dice; el solo hecho de que se precise “sin objeto”, muestra bien que ahí hay otra cosa que la dimensión afectiva, se experimenta la necesidad de mencionar que ahí, se esperarían un objeto, un objeto que no es simplemente algo que les remueve allí abajo,

en alguna parte de las tripas. Es cierta relación, es una relación con un objeto ausente... ¿lo ven? bueno, en fin, dejemos eso de lado. La cuestión no está ahí. Lo que yo [...] simplemente para precisarles que hablo de esta relación del psiquiatra en tanto que esta concernido por el loco, no es para llevar las cosas al plano de lo afectivo, del impulso, de no sé qué, que iría a forzar esta dificultad, la dificultad de relación.

Es evidente que la solución que yo indicaba no está del lado del impulso generoso; por otra parte para volver al personaje ejemplar del que hablaba recién, no era ciertamente tampoco, para él, en el sentido en que... que se encarrilaba, dígame lo que se diga, en fin, la impresión, la cosa única que parecía ser para él a retener, en la relación que le parecía por el hecho de su destino, tener ese carácter completamente privilegiado. Pero lo que estoy a punto de decirles es que no quiere decir que, a ese loco, en fin... cualquiera sea, ustedes vayan a darle el pecho, así, de repente, como Rosen, como Mme. Sechehaye. No van a darle el pecho, primero porque él no se los pide. Incluso quizás justamente lo más perturbador es que él no se los pide. En resumen, si la cuestión del loco puede esclarecerse por el psicoanálisis, sería evidentemente partiendo de entrada de otro centramiento, [es/de] lo que se llama relación primera. [Quizás entienden lo que digo].

Este centramiento, intentaré hacerles sentir por qué recién, recién porque, eh..., no está dado en absoluto, así, por todo lo que se dice, por todo lo que se dice, por todo lo que se refiere, por todo lo que se reduce al tema del psicoanálisis; y sin embargo está incluido y también es muy difícil acceder allí después de haber oído hablar mucho de psicoanálisis, porque la cosa curiosa es que el hecho de tener acceso a la corriente del psicoanálisis, no deja menos intocado que antes, una especie de mundo de prejuicios. Se vuelve al discurso común que se opone a ese nuevo centramiento. Este nuevo centramiento, [manifiestamente lo expresé de una manera...]. En fin...

Se nos manda volver a pensar —como se dice—, algo que en este caso no es poco, ¡es el pensamiento mismo! Se nos pide volver a pensar el pensamiento y... eso no se hace solo. En verdad, después de haber asombrado mucho a todos, que haya pensamiento inconsciente, provocó verdaderamente una especie de bloqueo general durante diez años, veinte años e incluso más.

Al comienzo de mi internado, aún había un hombre ingenioso que se llamaba Charles Blondel, quien había articulado cosas justamente, sobre la conciencia mórbida y para el cual era un argumento decir que el pensamiento y la conciencia son forzosamente de la misma dimensión y, que por consiguiente, el inconsciente con los pensamientos adentro era impensable. ¡Bueh... !

Después se hicieron muchos progresos. Nadie piensa más en lo que es la conciencia, ni tampoco por otra parte en lo que es el pensamiento, las cosas se volvieron naturalmente más fáciles, ¡encima que hay tanto barullo! ¿No es cierto?. Están los existencialistas, los fenomenólogos, están los... los... filólogos, están ahora los estructuralistas; entonces todo eso... todos estos discursos superponiéndose, todos mantenidos de algún modo para vuestra formación ¿no es cierto?, ustedes están formados radicalmente en todo, es decir que cualquier cosa que se les pueda decir, eso en suma les hace casi el mismo efecto, a saber, que todo eso es camelo. Entonces,

no hay más objeción al inconsciente, el inconsciente es pensamiento, sí, todo el mundo lo sabe, y ¡qué puede hacer eso! ¿No es cierto?. Entonces...

Debo decirles que la formación [...] estos discursos bien contruidos, no creo que es dejándolos hacer en ustedes así, una especie de *turn* (*giro*), no es cierto, de circo... todos esos discursos, uno después del otro, cada uno funciona, uno corriendo detrás del otro, no creo que eso sea de ninguna manera lo que pueda tener un papel de formación.

En verdad, ¡un hilito eh! Que encontrarían solos, en esta relación de concernencia con esta cosa verdaderamente única, problemática, que les es dada, no diría bajo el título de loco, porque ese no es un título... un loco, es a pesar de todo, algo... eso resiste, vean ustedes y que no está aún cerca de desvanecerse simplemente en razón de la difusión del tratamiento farmacodinámico. Si tuvieran un hilito, cualquiera sea, valdría más que cualquier cosa, tanto más cuanto que eso los llevaría de todos modos necesariamente a aquello de lo que se trata.

Para mí el hilito fue este —yo no era muy astuto—, es esto que se articula así: el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Habría podido partir de otro punto, pero ese me pareció serio. O el inconsciente no quiere decir nada de nada, o desde que nos es presentado [...] quiero decir no [...] pero interrogándolo a él mismo como psicoanalista, es a título de lo que es un lenguaje, con cierto número de propiedades que sólo existen en la dimensión del lenguaje: la traducción por ejemplo.

Entonces... evidentemente esto no va de suyo, más que si respecto de esto, de esta experiencia y de este hilito que engancha eso, se tira de él, después de cierto número de preguntas, lo que quiere decir cierto número de respuestas —y en particular sobre esto: ¿qué es un lenguaje?. Porque si así, de primera aproximación, es imposible descartar eso: el lenguaje está ahí; es incluso lo que domina, es la mejor ocasión de preguntarse... cuando comencé con este hilito no estábamos aún, les ruego creerlo —lo olvidan porque primeramente nacieron ayer, no saben—, no se estaba aún en que todo el mundo habla de lingüística y Dios sabe cómo, ¡en la confusión más total!. Porque la difusión de las ideas no es lo que esclarece el espíritu, lo que sin embargo condiciona las luces. En fin, por el momento, no hay nadie en cuya boca ustedes no vean arrastrar, en fin, estos términos de “significante”, de “significado”, de “comunicación”, de “mensaje”... se camina con eso, no se tiene otras suelas; cuando se hace fisiología se considera que la tiroides envía un mensaje a la hipófisis... a eso se lo llama un mensaje... Quiero, es una cuestión de definición; se trata de saber si es un lenguaje. Lo que es muy difícil es que a partir del momento en que ponen la palabra “mensaje”, ¡es difícil no imaginar que la hipófisis lo recibe!.. ¡Y le responde!. Se habla también de mensaje, más o menos respecto de no sé qué objeto que descubren en el cielo. Se traduce en términos de mensaje el hecho de que simplemente lo ven, eso envía fotos... ¡como mensaje!.

Eso es decirles que esto sería un juego completamente inocente, ¿no es cierto?, si justamente no estuviera interesado el lenguaje y en primer lugar de cierto modo: se vuelve cada vez más difícil hablar del lenguaje a causa de todo este gran barullo que monopolizan las palabras, que podrían servir para enganchar las cosas en este

dominio bastante complejo y las cuales están ya tan difusas por todas partes, que en verdad, en fin, una gata no encontraría a sus gatitos. En fin... yo soy uno de los responsivos, ¿eh?, De esta especie de gran confusión en la cual nadamos por el momento; porque comencé a hablar de lenguaje hace diecisiete años. En ese momento estábamos en la flor de... de la moral en situación, el compromiso... en fin... ustedes conocen... otras boludeces. ¡O qué!

En fin, de todos modos, hay gente que se ocupa del lenguaje. Y yo lo que encuentro más alentador es que... es que en los que se ocupan verdaderamente del lenguaje, se emplea el lenguaje en el mismo sentido cuyas dimensiones me encontré haber desarrollado, a saber lo que eso quería decir en mi discurso. Ahí donde se sabe de qué se habla: primeramente, todo el mundo se da cuenta de que un lenguaje no está hecho de signos. Lo que quiere decir que un lenguaje no tiene relación directa con las cosas. Un signo, para definirlo de una manera clara y simple, lo hago como creo sin que nadie lo discuta, es lo que representa justamente, algo y que lo representa para alguien. Un lenguaje no sirve para eso, no está hecho de signos, eso puede estudiarse. La función del signo, es incluso muy importante como siempre, incluso además absolutamente importante, no hay ninguna necesidad, por otra parte, como se lo ha visto hasta aquí, desde el tiempo en que hay una semiótica médica, nunca nadie se había interesado ni en lo más mínimo en el lenguaje.

Lo que perturba, por supuesto, es que el lenguaje tiene en general una significación, es decir que engendra significado. Es justamente por eso que se percibió que la relación eventual que puede tener el lenguaje con las cosas, es una relación tercera, ternaria y que hay que distinguir el significante, el significado y eventualmente el referente que no siempre es fácil de encontrar, por otra parte no más de lo que el significado es fácil de delimitar. Sin embargo, es ahí que se juega el juego del flujo de las cosas, a saber lo que hace que, por ejemplo, un lenguaje es o no adecuado. Un lenguaje más bien que ser signo de las cosas, diremos más bien algo, para los que no habrían oído nunca en fin, naturalmente, aquello de lo que di, en fin... la enunciación muy elaborada, diremos, ¿no es cierto?, para hacernos oír hoy, que su función es... bordear, no las cosas ¿eh? Sino la Cosa. En todo caso es muy sensible para nosotros cuando se trata de la experiencia analítica. La Cosa, que llamé un día la Cosa freudiana, que está en el corazón y que no se toca fácilmente, en todo caso que jamás se llega a comprender, se los aseguro —el lenguaje delimita la Cosa. Y la Cosa, que incluso, si quieren, escribiré así [Lacan escribe en el pizarrón: *l'achose* (la acosa)] para indicar bien que ella no se distingue ahí por su presencia.

Y luego, el lenguaje es algo completamente necesario. Hablo naturalmente del primer desbroce, una cosa completamente necesaria... En todo caso para que comprendan mi hilito: el inconsciente está estructurado como un lenguaje; es que el lenguaje, todo el mundo sabe en fin, se vive ahí dentro, solamente es bastante curioso, es muy curioso incluso, cuando se habla del lenguaje especialmente, uno se cree siempre obligado a ir a lo que es exactamente lo contrario de la experiencia más común: el lenguaje no está hecho para la comunicación. La prueba, está a nuestro alcance a cada instante; ustedes deben de todos modos darse cuenta, cuando están con

su cónyuge por ejemplo, cuando comienzan a estar forzados a explicar las cosas, primeramente no sólo es que eso va mal, sino que, en segundo lugar ¡es sin esperanza! Y cuanto más se exponen a eso menos se comunicarán... en fin... [risas en la sala] ¡Es matador! [Risas] Eso hace de todos modos diecisiete años que me forcé en relac... en recomenzar siempre las mismas cosas, por otra parte con el mismo resultado, no es cierto, que es verdaderamente formidable, a saber que si eso los divierte un momento, si encuentran que, por supuesto, eso son juegos del ingenio (*jeux d'esprit*), no es cierto —parece que intelectualizo— ¡Bueh!... una escena de pareja por ejemplo, en efecto, he ahí un procedimiento de intelectualización que es muy conocido [risas], se los informo.

¿Entonces, para qué sirve el lenguaje?

Si no está hecho ni para significar las cosas expresamente, quiero decir que no es para nada su primer destino, ¿y si para la comunicación tampoco?.

Y bien es simple, es simple y es capital: hace el sujeto. Eso basta y sobra. Porque de otro modo, se los pregunto, cómo pueden justificar la existencia en el mundo de lo que se llama el sujeto.

Entonces, ¿puede comprenderse?. La respuesta es completamente accesible: se comprende inter-cambi-ando lo que fabrica el lenguaje.

No está claro que la comunicación... a saber esto, que se imaginaría que cuando dicen una frase, eso represente un mensaje y que del otro lado, la frase, es la misma que la que ustedes pronunciaron...; en verdad, no es la que ustedes pronunciaron la que es importante, por supuesto es la que está del otro lado. Es justamente por eso que ustedes no saben lo que dijeron. Es capital que lo sepan: que cada vez que hablan, al menos con alguien, ustedes no saben lo que dicen, y menos aún cuando están solos.

Pero el resultado del lenguaje es, sin embargo, que algo llegue; desde que se encontró ese sagrado médium, algo llegue a veces en el otro, en verdad siempre en el otro, y por este hecho les vuelven siempre reacciones contrarias e imprevistas. Es también así que lo que se llama el ser humano tiene la primera experiencia de eso: se da cuenta de que suceden cosas cuando se habla. Estas cosas pueden muy bien ser circunscriptas en sí mismas, incluso es eso de lo cual me esfuerzo en escribir la teoría desde hace los diecisiete años que evoqué suficientemente.

Un ejemplo de lo que fabrica el lenguaje es el deseo ¿No?. El deseo, después de todo, no es algo... que sea... que sea muy conocido. Entre los filósofos se ha considerado siempre que era más bien el objeto a desechar para llegar a lo que se llama el conocimiento: el conocimiento es aparentemente perturbado por el deseo... por otra parte es verdad. ¡Sólo qué eso se sostiene en que se crea en el conocimiento! No quiero entrar en el detalle de todo eso, hacer el... un dibujo sobre lo que distingue lo que prevaleció durante siglos en lo concerniente a la función del conocimiento, con las posiciones muy distintas que debemos adoptar ahora, por el hecho de haber creado una ciencia que no debe absolutamente nada a las categorías del conocimiento, y que no por eso se sostiene peor; nosotros quizás nos sostenemos peor allí; pero no es esa la cuestión. Es que la ciencia funciona y... una masa de

dimensiones que suscitaba, que sugería esta [psicología] del conocimiento está completamente perimida y fuera de juego.

Lo que es interesante, es que al considerar lo que llamé recién el sujeto como siendo absolutamente coextensivo al registro cada vez más elaborado de la ciencia, se puede llegar a dar una teoría completamente diferente, totalmente manejable y completamente distinta de todo lo que se hizo hasta el presente, de lo que es propiamente hablando: deseo. E incluso se tiene en este caso, la dicha de darse cuenta de que había habido de eso, en fin, en alguna gente muy escasa, entre los filósofos del pasado, no se qué, que podría llamarse un presentimiento. Pienso en Spinoza. Como quiera que sea, esta teoría como cada uno sabe o cree saber, la di, la afiné incluso durante años, estoy por supuesto lejos de pensar que di su fórmula definitiva, pero hay en lo que enuncié, algo que me parece bastante prometedor, es que gracias a mis cuidados allí hay un muy pequeño comienzo de formalización. A saber, algo que puede expresarse por lo que hay de más puro y manipulable en la función del significante como tal, a saber una manipulación de letras minúsculas. Esta teoría del deseo está fundada en cierta manera de manipular esas letras minúsculas y de ponerlas en conexiones definidas entre ellas; en la cual deja la esperanza de un desarrollo ulterior mucho más preciso, por poco que se ponga ahí esta especie de capacidad mental que compete a la combinatoria.

Porque evidentemente esto supone el simple reconocimiento de lo que no está dado más comúnmente en la formación que reciben como médicos, la cual es una formación que se puede calificar de positivista. Esto no se les vuelve familiar a falta de una verdadera formación matemática, que no sea simplemente un instrumento para el uso de los conocimientos sobre las cosas en tanto cosas, entes. Es esto lo que se vuelve perfectamente sensible por cierto uso de la matemática pero que no es privilegio suyo; la combinación de los significantes por sí misma constituye un orden, un registro que pueden calificar como quieran, pueden hacer un juego, sin embargo, es incluso un juego tan serio, que es eso lo que constituye justamente lo serio del juego. Lo que tiene de divertido el juego, es que es una de las cosas que hay más sometidas a las leyes, que no hay juego que no consista en cierto rigor [...] hecho justamente y que existe siempre, a saber: una combinatoria entre significantes; significantes en tanto que no son signos, sino que el significante que definí muy precisamente en esta fórmula que después de todo merece que la haya machacado un poco aunque sea, aunque más no fuera que por que se puede decir que nadie la dio antes que yo, es que un significante es lo que representa un sujeto, ¿para quién? Justamente no “para quién”, sino para otro significante.

Eso puede parecerles opaco, poco comprensible, pero como acabo de advertirles me cago en eso, porque no está hecho para que lo comprendan, está hecho para que se sirvan de eso... y que vean que eso siempre funciona, y no solamente que siempre funciona, sino que comienza a [producir] a partir de ahí. Esto quiere decir dos cosas: primeramente que el significante toma su estatuto sólo ahí y luego de que por su relación con el otro significante inaugura la dimensión de la batería significativa, lo cual comienza a plantear preguntas: esta batería es finita o infinita, y ahí,

evidentemente se puede continuar, a saber [qué quiere decir infinito] y que por otra parte, el significante es anterior al sujeto, que para que aparezca esta función en tanto que está definida por un sujeto, que es distinta de lo que se puede llamar por ejemplo psiquismo, conocimiento, representación, que es totalmente distinta de todo eso, porque es una dimensión del ser (*dimension de l'être*)...

Hay sujeto sólo y únicamente luego de que haya habido significante.

Ahora, se puede responder también a la cuestión de saber cómo el significante aparece antes de que aparezca lo que es propiamente hablando el sujeto. Es precisamente para dar una respuesta formal que introduce ese campo, esa dimensión del Otro (*con O grande*) (*dimension de l'Autre avec grand A*) como sitio (*place*) y lugar (*lieu*) del significante. Este Otro con O grande, por supuesto, ustedes van a preguntarme dónde está, ¿eh?. ¿Es el espacio común? ¿Es la oreja del vecino? Es esto o aquello... es no comprender nada de en qué consiste un sistema formalista. Este Otro es precisamente un lugar (*lieu*) definido como necesario para esta primacía de la cadena significante.

Desde el inicio se encuentra así, ya que antes del sujeto está introducida la dimensión que llamaremos de la verdad, porque sólo hay dimensión de la verdad a partir del momento en que hay significante.

No hay ni verdad, ni mentira por ejemplo en la finta, o en la parada animal, por la simple razón de que exactamente son lo que son, ni mentirosas ni verdaderas; responden a este efecto de captación [reducido], es en eso que no pertenecen al registro del significante. El significante es otra cosa.

Es a partir del momento en que engendró al sujeto y donde se inscribe en algún lugar a ese nivel del Otro, que la dimensión de algo que se propone siempre como verdad, incluso cuando es mentira —porque no sería mentira si no se propusiera como verdad—; que hay esta dimensión del significante, observen esto: que el Otro en ningún caso es garante de la verdad. Puesto que en el Otro en sí mismo nada nos dice qué es un sujeto. Hay quienes dicen que él es un sujeto, al que llaman Dios, con diversos calificativos: buen Dios, mal Dios... eso es otro asunto, es otro paso a franquear. No tenemos ninguna necesidad de franquearlo para dar la teoría del lenguaje.

La experiencia del análisis es sólo realizar lo que allí es función del sujeto como tal. Resulta que eso abre a cierto efecto que nos muestra que, en lo que está primordialmente interesado por esta función del significante, predomina una dificultad, una falla, un agujero, una falta de esta operación significante, que está muy precisamente ligada a la declaración, a la articulación del sujeto en tanto que se afecta de un sexo. Es porque el significante se muestra manifestar desfallecimientos electivos, en ese momento en que se trata de que lo que dice yo (*je*) se diga como macho o como hembra, que resulta que no puede decir eso sin que entrañe el surgimiento en el nivel del deseo de algo muy extraño, de algo que, ni más ni menos, representa el escamoteo simbólico —entiendan que no se lo encuentra más en su sitio (*place*)—, el escamoteo de una cosa completamente singular que es precisamente el

órgano de la copulación. A saber lo que en lo real está destinado como lo mejor para dar prueba de que hay uno que es macho y otro que es hembra, ¿eh? [Es aún...]

Es eso, es eso el gran hallazgo del psicoanálisis, es un hallazgo que estrictamente sólo pudo ser hecho, por estar hecho de un modo que le da un sentido, es el caso decirlo, que le da un sentido admisible, en el nivel de otra cosa que de lo que Spinoza, ya que hablé de eso recién es necesario que vuelva a hablar de eso ahora, llamaba *historiolae*, historietas, ¿no?. Es porque papá o mamá lo asustaron que él cree en eso, en fin... montones de cosas que no se mantienen en pie. Lo que se llama la castración es eso, es que para que venga a articularse en función del significante —del significante en tanto que es primordial al sujeto—, para que venga a articularse algo que lleva al sujeto al plano sexual, es necesario que intervenga esto que, en tanto que [...] del significante, que sea como faltante precisamente que está representado el órgano de la copulación.

Esto merece que se le preste un poquito de atención, porque esto —es el hecho de la experiencia proseguida de una manera correcta, a saber que se haya proseguido la experiencia analítica—, da cuenta del hecho de que cualquier cosa que se diga, no es pura y simplemente sólo una experiencia conducida con la ayuda y en el interior del medio significante; que todo lo que se puede agregar de más ahí, de lo que se llama en efecto efectos psíquicos, a saber: reacción, defensa, resistencia, todo lo que ustedes quieran, afecto, transferencia, todo eso sólo toma su sentido si llegamos a marcar ahí, [a esclarecer] a alfilerar en el registro de una formalización que toma como punto de partida y como base, el carácter primordial de la cadena significante con relación al sujeto.

Es evidente que no es esta noche que les haré la demostración, pero si alguna vez lo que dije tiene un alcance cualquiera, es cierto en todo caso, claro, que no digo otra cosa, que no hago otra cosa que proseguir la construcción que se expone allí desde exactamente los diecisiete años de que les hablaba recién.

Que lo que deje el fin de la experiencia analítica no sea otra cosa que tener a su término una [...] por el hecho de esta experiencia que les permite saber lo que es ponerse ustedes mismos en este lugar (*place*) del sujeto, en esta dependencia muy especial del significante, que hace que tal o cual enunciado que se deduce de esto, por ejemplo de la validez de esta fórmula que enunció: vuestro deseo solamente se concibe, toma su justo lugar (*place*), se anima por lo que ustedes percibieron efectivamente que se formó en este lugar (*lieu*) que recién llamé el lugar (*lieu*) del Otro, con O mayúscula (*grand A*), que es por su naturaleza y por su función, deseo del Otro y que esto es precisamente la razón que hace que ustedes no puedan en ningún caso reconocerlo solos, y es lo que justifica que el análisis hayan podido proseguirlo únicamente con la ayuda de un analista, lo que no quiere decir que el analista sea el Otro, con O mayúscula (*grand A*), del cual hablé recién, él es otra cosa que no puedo explicarles esta noche.

En fin, para aquellos que de esto tendrían vagamente, así, en fin, sin embargo una pequeña idea, quiero decir que el propósito [de detención] paradójica que impulso ante ustedes esta noche de todos modos había cosquilleado suficientemente para que

tengan ganas de saber un poco más, puedo decirles que es lo que este año daré como tema de mi seminario, intentaré precisarlo de un modo tal como no he podido hacerlo todavía, porque hay muchas cosas que aún no he podido hacer, porque incluso uno no puede imaginarse hasta qué punto en mi enseñanza soy didáctico, quiero decir con eso que parto de la idea de que... que es en todo caso muy cierto que no se comprende nada de lo que digo. Mi única posibilidad es repetirlo durante bastante tiempo para que eso termine por amueblar alguna parte de los cerebros. Desde luego no hay que asombrarse de que durante cierto tiempo no se encuentre nada mejor para hacer que repetirme, vagamente; por otra parte para algunos eso tiene otro uso: se puede desarrollar siempre, justamente, dado que lo que formulo es tan incomprensible, se puede desarrollar siempre, cierto esnobismo alrededor de lo que enseño. Entonces cuando uno se ha distinguido así, se enseña Lacan en el Instituto de Psicoanálisis de París por ejemplo, da distinción; sólo que no quiere decir que se comprenda lo que digo, por otra parte como estoy diciéndoselos no está hecho para eso, está hecho para que uno se sirva de eso y con el tiempo, culminará por llegar lo que llega siempre cuando las fórmulas funcionan, se termina por servirse de eso, tontamente. Entonces uno se da cuenta de que eso esclarece algunas perspectivas, no hay ninguna necesidad de que se tenga que experimentar antes el choque intuitivo de la verdad.

Esto no quiere decir sin embargo que la verdad no esté interesada en la cosa... La verdad está interesada justamente en lo que aparece en todo este asunto, ese algo inesperado del cual les hablé recién a saber, la intrusión verdaderamente increíble, en fin... obscena, desplazada, completamente fuera de lugar (*place*) justamente, de la sexualidad, ahí, donde menos se la esperaba. Porque al fin de cuentas hay que decirlo, ¡no es porque ahora sabemos desde luego que está ahí, que de eso sabemos más!. Porque no basta tampoco llamar a eso la sexualidad. Recién intenté darles una fórmula más precisa diciéndoles que era la declaración del sujeto como afectado de un sexo por el cual estaba concernido. No es la sexualidad vagamente así, no es todo lo que se puede saber sobre la sexualidad; la prueba, es que todo lo que se puede saber sobre la sexualidad —se han dado pasos desde Freud en este tema—, se han hecho experiencias y se sabe de esto un poquito más ahora sobre lo que es... no sé... por ejemplo que el cromosoma sexual, ¿para qué nos sirve eso en psicoanálisis? ¡Y bien absolutamente para nada! No es la sexualidad así en su conjunto, en su esencia, como si por otra parte eso existiera en algún lado... Eso en la sexualidad no tiene ningún sentido. Hay hechos biológicos que se refieren al hecho de que hay cosas que se califican generalmente como sexuales, y luego cuando uno mira de cerca, se ve que hay un montón de pisos y que estos pisos no se recubren. Y que si al tomar las cosas al nivel, por ejemplo, hormonal o de los caracteres llamados sexuales secundarios, se ve bien que la distribución, el juego de las cosas, no es lo mismo que si lo toman al nivel de las funciones celulares; entonces no hablemos de la sexualidad así, como si fuera una cosa grande y vaga... no, hay algo que se produce para el sujeto a este nivel. Y eso, bien puede tomar... dado que viene ahí donde no se lo espera y que en todo caso hay una cosa muy cierta, es muy justamente que eso resiste y que eso resiste incluso tan bien que piénsese lo que se piense, lejos de que estemos

verdaderamente habituados a lo que Freud descubrió, a saber que la sexualidad estaba de moda, nos encontramos siempre ahí de la manera más enérgica, por una simple razón, es que es ahí al nivel, justo donde lo ubico, de algún modo, a saber de esta declaración de sexo en que se ubican las cosas; en efecto hay verdaderamente algo ahí que parece tan opaco y para decirlo todo, en efecto, incomprensible, que nos refugiamos contra cualquier especie de idea diferente de la sexualidad, hacemos entrar en juego la sexualidad como emoción, como instinto, como afecto, como atracción, toda clase de cosas que no tienen absolutamente nada que ver con la cuestión. Mucho mejor que buscar comprender aquello de lo que se trata en el nivel de lo que llamaría acto sexual, siendo el acto una cosa concebida como teniendo esencialmente en sí misma esta dimensión significativa.

No se trata simplemente de saber lo qué se hace ni cómo se opera, se trata de darse cuenta de que lo que dificulta, es que se entra en el acto sexual para declararse tal o cual, macho o hembra por ejemplo.

Es por el acto que comienzan las dificultades, en tanto que el acto es significativo y que como significativo fracasa. De donde mi observación de que en definitiva hagan lo que hagan, CABALLEROS – DAMAS, no estarán jamás absolutamente seguros de ser machos o de ser hembras. Esa, esa es la cosa...

Bueno, en fin, siento que esta noche me dejé arrastrar un poquito... Lo que querría decirles es que este fin, esta punta, este vértice de la experiencia psicoanalítica se caracteriza en que es precario. Quiero decir que no basta haber tenido en un momento esta experiencia que es la del sujeto en tanto que está determinado por todo lo que le preexistió de significativo. Por supuesto, es en la medida en que estos significantes le son tanto más próximos por haber sido los que constituyeron aquello de lo cual él surgió un día, incluso si es por azar, a saber el deseo de sus padres. Porque, aún si es por azar, es igualmente ahí que vino a caer; a saber que todo lo que le sucede, al menos en el comienzo, va a depender de este lugar (*place*) en sus padres que se llama el deseo, ya que se manifiesta en su existencia —y tomemos la palabra existencia en todos los sentidos que ustedes quieran darle, también existencialista—, del Otro, de este Otro que está ahí encarnado por la relación también de sus padres siempre con este Otro como lugar (*lieu*) del significativo, que es ahí que viene a caer; no es posible que [esto no tenga] una función determinante sobre todo lo que va a sucederle.

Quisiera volver a los psiquiatras, darles con mi álgebra... —lamentaría si no les pareciera inmediatamente sorprendente, pero en fin, es una fórmula de cortesía—, no tengo tiempo de escribírselas de otro modo, pero pienso que eso les dará por el contrario, una pequeña idea de los modos simples bajo los cuales se pueden expresar algunas cosas, para no ser luego confundidas con otras. [Lacan va al pizarrón].

Recién les hablé del órgano, órgano copulatorio, en tanto que falta —es porque fui... en fin... les indiqué lo que quería decir eso, el orden de verdad que permite descubrir haber tomado la buena senda... En fin hay otras cosas que suceden en este lugar (*place*) donde el órgano falta, hay incluso otras cosas que se ubican,

expresamente hechas para hacer que no se note que falta. Es lo que llamé en mi álgebra el objeto a . Todos aquellos aquí que aunque tienen un vago barniz de lo que es el psicoanálisis, deben no obstante saber la relación de homotopía, de en-el-mismo-lugar (*place*), que puede haber entre la castración por una parte y la función que juegan eventualmente cierto número de objetos. Es incluso en el punto en que se habla corrientemente de castración anal, oral y de todo lo que sigue —no voy aquí a hacer un curso—, sea lo que fuere este objeto a , es la fórmula general de lo que se manifiesta de manera absolutamente decisiva y causal en la determinación precisamente de lo que el descubrimiento del inconsciente nos permitió advertir, a saber: la división del sujeto.

Este sujeto no está simplemente como en la teoría matemática por ejemplo, donde una sucesión de cadenas significantes sólo se trasmite de punta a punta un sujeto solo y unívoco, y por otra parte imposible de localizar bajo ninguno de los significantes de los que se trata. Ahora bien, ciertamente se produce algo distinto del... de la función, del efecto de lenguaje en toda su generalidad, que está estrechamente ligado a lo que es su primer efecto, a saber: cierta participación del cuerpo en tanto real. Estrechamente ligado al hecho de que el sujeto juega precisamente sobre este doble registro que hace que si podemos depurar al sujeto de la ciencia, el sujeto de una cadena matemática, como algo simple y unívoco, no podemos hacerlo en el caso en que el ser hablante es un ser viviente, por la simple razón de que algo permanece encadenado precisamente a este origen, a saber a esta dependencia primera de la cadena signifiante; que no es manejable a su antojo, que permanece fijado ahí a ciertos puntos; que incluso algunos datos de la experiencia y ésta entre las más evidentes, por ejemplo, aquel de que su madre no tiene pene, no es una cosa que funciona para una parte del sujeto, para esta parte dividida, por la razón muy simple de que para esta parte es necesario no que no lo tenga, sino que de eso ella haya sido privada. He aquí lo que designa la S barrada: $\$$ es el sujeto en tanto que dividido, que está en cierta relación con el objeto a . Este objeto a tiene como propiedad ser lo que hace al deseo, en tanto que el deseo es lo soportado por la fórmula del fantasma. Si ese deseo depende del deseo del Otro con mayúscula (*grand Autre*), a saber lo que es formalizable en el nivel del Otro, con mayúscula (*grand Autre*), como efecto del deseo, es en la medida en que —entonces esto... hago una reserva, es porque estoy ante ustedes esta noche y les supongo, en fin, concerniendo a lo que les digo, que repito desde hace mucho tiempo, completamente en las nubes—, entonces aquí inscribí lo que jamás inscribí en ningún parte, pero que lo hago ahí para impedir que eso escape: demanda de a minúscula. Lo pongo así porque tengo mis razones para eso porque es demasiado simple. Pero para esta noche eso puede bastar. Lo que hace el lazo del deseo en tanto que es función del sujeto, del sujeto mismo designado como efecto del signifiante, es esto: es que el a está siempre demandado al Otro. Es la verdadera naturaleza del lazo que existe [para] este ser que llamamos normado.

Bueno entonces, para explicarles las cosas simplemente, hay hombres libres y como lo dije desde siempre porque lo escribí en el Congreso de Bonneval, mucho antes de los diecisiete años de los que se trata —no pueden incluso imaginar hasta

qué punto soy viejo—, los hombres libres, los verdaderos, son precisamente los locos. No hay demanda de *a* pequeño, él tiene su *a* (*petit a*), por ejemplo es lo que él llama sus voces. Y POR LO CUAL USTEDES ESTAN ANGUSTIADOS EN SU PRESENCIA Y CON TODA RAZON, PORQUE EL LOCO ES EL HOMBRE LIBRE.

No se sostiene en el lugar (*lieu*) del Otro, del gran Otro, por el objeto *a*; al *a*, él lo tiene a su disposición. El loco es verdaderamente el ser libre. El loco, en este sentido es de cierto modo este ser de irrealidad, esta cosa absurda, absurda... magnífica por otra parte como todo lo que es absurdo. Al buen Dios de los filósofos se lo ha llamado *causa sui*, causa de sí. Digamos que él tiene su causa en el bolsillo, es por eso que es un loco; es por eso que ante él tienen una sensación muy particular que es lo que debería, entre nosotros, constituir el progreso —progreso capital—, que podría resultar del hecho de que algún día algún psicoanalizado se ocupe verdaderamente del loco. Es un hecho que de tiempo en tiempo eso da algo que se parece al psicoanálisis, con éxitos de entrada ¡eh!, pero no va muy lejos. ¿Por qué no va muy lejos? Porque, se los digo: esta experiencia del psicoanálisis es una experiencia precaria. ¿Por qué es precaria? Porque hay el psiquiatra; cuando ustedes salen de un psicoanálisis llamado didáctico, retoman la posición psiquiátrica.

La posición psiquiátrica es perfectamente definible históricamente. Hay un señor que se llama Michel Foucault que escribió *La historia de la locura*; él explica, valoriza [en ese preciso momento el tapón de plástico de una botella de agua mineral salta por el aire] demuestra magníficamente... [risas] (ven ¡es un signo eso!) demuestra magníficamente... [risas] (¡está bueno eh! Es lo que se llama el calor comunicativo, ¡eh! bueno...) él demuestra magníficamente la mutación, la mutación esencial, que resulta del momento en que estos locos —con los cuales, en fin, se había actuado hasta ahí, Dios mío, como se había podido... en función de toda clase de registros y principalmente los registros de lo sagrado—, todos estos locos han sido tratados, han sido tratados de la manera que se llama humanitaria, a saber: encerrados. Esta operación... no está en absoluto desprovista de interés... desde el punto de vista de la historia del espíritu... porque es eso precisamente lo que nos permitió al menos poner en cuestión que algo exista que se pueda llamar síntoma. Sólo se comienza a tener la idea de síntoma (*symptôme*) a partir del momento en que el loco es aislado...

Naturalmente, este libro absolutamente capital de Michel Foucault tuvo ese éxito que se puede decir verdaderamente notable, ¡no hay un solo psiquiatra que se haya ocupado de él!. Pido que se me indique con precisión una reseña aparecida en una revista psiquiátrica concerniente a este libro de Michel Foucault. ¡Es completamente sorprendente! ¡Porque es algo absolutamente capital para la comprensión de la posición del psiquiatra! Eso reubica las cosas en un contexto que permite ver verdaderamente de qué se trata: ¿Qué quiere decir Esquirol y Pinel? No se trata de todos modos ahí, por el momento, de hacer... hacer... política, no es cierto... no se trata para nada de eso. Se trata de darse cuenta de una cierta función que nació con esta práctica que consti... constituyó [*sic*] en aislar a los locos. El hecho de que ahora tendamos a aislarlos cada vez menos quiere decir que ponemos otras barreras ahí,

otras murallas... de las cuales, en particular ésta que consideramos mucho más —ahí está justamente la pendiente psiquiátrica —, mucho más como objetos de estudio que como punto de interrogación en el nivel de lo que es allí cierta relación del sujeto, de lo que sitúa al sujeto con relación a ese algo que calificamos de objeto extraño, parasitario, que es esencialmente la voz. La voz, en tanto que voz, sólo tiene sentido aquí por ser soporte del significante.

A partir de ahí, lo que respecta a la posición del psiquiatra va a permitirnos entrever, si puedo decir, que esa no es una posición muy simple. Además de que por el hecho de [observarlo] —es decir de tomar cierta posición de principio que es también radicalmente contraria, si se quiere, a lo que puede ser experimentado en tanto que el psiquiatra sabría lo que es allí, considerar al sujeto—, además de eso lo que hace barrera es a saber, que el psiquiatra está integrado como tal en cierta relación jerárquica, lo quiera o no está en posición de autoridad, de dignidad, de defensa de cierta posición que, primero y ante todo, es la suya: se trata precisamente de que sea por otra cosa distinta que por la angustia, que responde a esta existencia del loco. No iré más lejos esta noche en ese sentido, porque se estaría equivocado al creer que aquí de algún modo yo quiera cuestionar la posición del psiquiatra: ella no puede ser otra cosa que lo que es. Lo que cuestionaría más bien, es que mi dignidad si se puede decir, [no acusaba ahí] un grado de voz suficiente en lo que constituye esa clase de reuniones, de las que se preferiría que fueran de sociedad científica, que son las que prueban que los psicoanalistas conservan en su jerarquía algo que es del mismo orden que esta distancia, que esta gradación, con relación a un objeto que hace justamente a la imposibilidad en la cual está el psiquiatra, de abordar la realidad del loco desde un nuevo punto de vista.

Lo que quiero simplemente resaltar esta noche —porque creo que es algo de lo cual quizás, como los veo a todos aquí les conozco aproximadamente bien sus caras a todos, distingo aquellos que ya han oído hablar de ciertas cosas de otros que no—, es algo de lo cual en suma hasta aquí no tuvieron ni noticias. Es esta consideración: esta historia del sujeto me dirán, no es una cosa para [entificarlo] —eso podía ser en tiempos de Freud—, sólo que ya pasó, pienso incluso que ustedes se dan cuenta de cierta transformación que conoce nuestro mundo, la cual es considerable y que hace que el sujeto es en nuestro tiempo algo que define como sujeto la existencia de la ciencia. La ciencia que es la nuestra sólo se constituye por una ruptura que es fechable en los siglos, y cuya edad no va más allá del siglo de oro, el siglo XVII^{mo}. La ciencia nació precisamente el día en que el hombre rompió las amarras de todo lo que puede llamarse intuición, conocimiento intuitivo, y donde se remitió al puro y simple sujeto que es introducido de entrada, inaugurado bajo la forma perfectamente vacía que se enuncia en el *cogito*: pienso, luego soy. Es ahora totalmente claro a nuestros ojos que esta fórmula no se sostiene, sin embargo es decisiva, porque es la que permitió... la que permitió esto: no se tenía más ninguna necesidad de recurrir a la intuición corporal para comenzar a enunciar las leyes de la dinámica.

Allí, a partir de ese momento nació la ciencia, si puedo decir, correlativa de un primer aislamiento del sujeto puro. Ese sujeto —puro—, por supuesto, no existe en ninguna parte excepto como sujeto del saber científico. Es un sujeto del cual una parte está velada, justamente la que se expresa en la estructura del fantasma, a saber la que comporta otra mitad del sujeto y su relación con el objeto *a*. El hecho de que todo lo que ha estado hasta aquí interesado por esta estructura real a sus espaldas, a saber la manera en la cual se lo ha tratado hasta ahí, la manera en la cual eso se inscribió en las relaciones sociales, en la cual de algún modo toda la construcción social se fundó sobre esas realidades subjetivas pero sin saber nombrarlas; es claro que la expansión, la dominancia de este sujeto puro de la ciencia es lo que viene a estos efectos de los cuales todos ustedes son los actores y los participantes, a saber: estas profundas reorganizaciones de las jerarquías sociales que constituyen la característica de nuestro tiempo. Y bien, lo que es necesario que sepan, porque van a verlo, lo verán cada vez más —si naturalmente hasta aquí no lo vieron, aunque eso salte a la vista—, es que hay un precio con el cual se paga la universalización del sujeto, en tanto que es el sujeto hablante, el hombre.

El hecho de que se borren las fronteras, las jerarquías, los grados, las funciones de la realeza y otras, incluso si eso permanece bajo formas atenuadas, cuanto mejor va eso más toma cualquier otro sentido, y más deviene sometido a las transformaciones de la ciencia, más es lo que domina toda nuestra vida cotidiana y hasta la incidencia de nuestros objetos *a*. No puedo [quedarme en eso] aquí, pero sí es uno de los frutos más tangibles que pueden ahora recoger todos los días, en lo que respecta a los progresos de la ciencia, es que los objetos *a* cabalgan por todos lados, aislados, solos y siempre dispuestos a atraparlos a ustedes en cualquier momento. No aludo a nada más que a la existencia de lo que se llaman los *mass-media*, a saber esas miradas errantes y esas voces locas de las que ustedes están naturalmente destinados a estar cada vez más rodeados – sin que haya para soportarlos otra cosa que [lo que está interesado] por el sujeto de la ciencia, quien se los vierte en los ojos y en las orejas.

Sólo que hay un precio por eso —no se han dado cuenta aún aunque se hayan opuesto, a pesar de todo hay cierto número entre ustedes que no tenía solamente un año o dos en ese momento, pero ciertamente se produjeron muchas cosas—, es que, probablemente en razón de esta estructura profunda, los progresos de la civilización universal van a traducirse no sólo por cierto malestar como ya el Señor Freud se había dado cuenta, sino por una práctica de la que verán que va a devenir cada vez más extendida, que inmediatamente no dará a ver su verdadera cara, pero que tiene un nombre el cual, se lo transforme o no, siempre querrá decir lo mismo y va a ocurrir: la segregación.

A los señores nazis, ustedes podrían tenerles un considerable reconocimiento, han sido precursores y por otra parte tuvieron inmediatamente un poco más al Este, imitadores en lo que respecta a concentrar a la gente, es el precio de esta universalización, en la medida en que sólo resulta del progreso del sujeto de la ciencia.

Es precisamente en tanto que ustedes son psiquiatras que podrían tener algo que decir sobre los efectos de la segregación, sobre el verdadero sentido que eso tiene. Porque saber cómo se producen las cosas permite ciertamente darles una forma diferente, con un impulso menos brutal y si quieren más consciente, que si no se sabe a qué se cede, vuestro... lo que ustedes representan, si puedo decir en la historia y como las cosas van rápido, lo que se verá muy rápido, no sé, quizás en una corta treintena o cincuenta de años —antes ya había algo que se llamaba el cuerpo de los psiquiatras, que se encontraba en una posición análoga a lo que habrá entonces que inventar, para comprender aquello de lo que se tratará en los sacudones que van a producirse y en los niveles sobre los cuales ustedes pueden tener en cuenta que serán planetarios—, en lo que se producirá a nivel de esas iniciativas, constituyendo una nueva repartición [interhumana] y que se llamará: efecto de segregación. En ese momento el historiador dirá: Dios mío, los queridos psiquiatras, en efecto, nos dan un modelito de lo que se habría podido hacer en ese momento como cogitación que habría podido servirnos, pero en verdad no nos lo dieron, porque en ese momento dormían, ¿Por qué dormían? Mi Dios, porque jamás vieron muy claramente de qué se trataba en su relación con la locura a partir de cierto periodo; no lo vieron, Dios sabe por qué, se dirá, no lo vieron justamente porque tenían el medio de verlo. Simplemente porque el psicoanálisis estaba ahí y el psicoanálisis es demasiado difícil. ¿Demasiado difícil por qué? Porque del psicoanálisis hicieron después de todo, algo que podemos llamar más bien un medio de acceso social. ¿De acceso social a qué? ¡Oh, mi Dios! a algo que no es muy complicado: yo ya hablé mucho con mis colegas americanos de cuestiones de técnica por ejemplo, y lo que les aparecía decisivo para el mantenimiento de ciertos hábitos, de ciertas costumbres, de cierta rutina, y bien, mi Dios, lo decían: era su tranquilidad; nada les parecía más decisivo para motivar la manera, por ejemplo, en la que se abre o se cierra la sesión que el hecho de que podían estar absolutamente seguros de que a las cinco menos diez ellos tomarían tranquilamente su whisky. Les doy mi palabra de que no exagero. Para decirlo todo, hay también muchas otras cosas tranquilizantes en el psicoanálisis tal como está organizado actualmente, aunque más no fuera por esta especie de progresión, de incita... de acceso seguro a posiciones que se consideran tanto más eminentes cuando se está supuesto poseer un saber que los otros, los pequeños, los novatos, —en fin aquellos a quienes todavía no habría sido dada... en fin... la baraca, la bendición—, no tendrían. Mientras que en muchos casos está totalmente claro que alguien que acaba de salir de su psicoanálisis es capaz de ver cosas que el psicoanalista veterano —el cual con el tiempo, tuvo tiempo de olvidar completamente su experiencia a la que llamé precaria—, deja pasar tranquilamente.

Entonces, es muy cierto que de todo eso podría pensar que después de todo no hablé para obtener grandes resultados. Aunque hablé tanto tiempo, está claro que todo un orden de costumbres en cuanto a la transmisión de la experiencia psicoanalítica se revela no solamente no mover nada, sino que conserva todo su prestigio, todo su poder de atracción sobre los jóvenes genios, que son cosquilleados

por las ganas de consagrarle su existencia. Sí, en verdad podría pensar que en efecto hablé extensamente de esto y lo hice para no gran cosa, si finalmente queda este obstáculo que me permitiría, que sería fácil mostrar la misma ausencia de progreso en lo concerniente a las verdades analíticas, que las que había señalado recién en la experiencia psiquiátrica.

No basta evidentemente con servirse de mi vocabulario para alfilerar, en fin... las cosas que se decían de otro modo antes de mi, para que eso tenga el menor efecto sobre lo que es efectivamente la práctica psicoanalítica. Sí, no basta, incluso diría repetir de una manera tampoco simplemente de diccionario —ustedes comprenden, incluso uno no se da cuenta, pero en fin desde hace un tiempo, el deseo... la demanda... se olvidó completamente que nadie había hablado del deseo y de la demanda antes de que yo hubiera enseñado cómo se las distingue— pero esto no tiene ninguna importancia, porque se puede hablar del deseo y de la demanda y eso puede no tener ninguna especie de efecto en la práctica analítica, incluso ni el menor esbozo de iluminación en el pensamiento del psicoanalista que los emplea. Se puede también transcribir más inteligentemente, si me puedo expresar así —hoy quisiera hacerles una teoría inteligente pero ustedes ven, estoy desbordado por el tiempo—, se puede hablar más inteligentemente de lo que cuento e incluso transcribirlo de una manera mucho más interesante. Hay ahí una cosita, de la que no hice el descubrimiento más que muy recientemente, que les comunico porque estoy de buen humor (lo cual no forma parte de mi plan); observé eso después que tenga [...] —es necesario decirles que inmediatamente plantee como principio en el punto de partida, que no hay propiedad intelectual, eso lo dije siempre, lo dije desde los primeros días, desde los primeros minutos de mi enseñanza—, en fin no es cierto, lo que cuento ¿por qué otro no lo retomaría? E incluso, si quiere retomararlo como siendo de él, no veo absolutamente ningún obstáculo. En este orden de cosas ¿Por qué se diría que eso pertenece al Señor Fulano?. Solamente que, [en función de un fin] secundario, volví sobre mis posiciones.

Están pues los que hacen eso y luego, bueno, eh... en fin... está bien, hace propiamente... hay mucho ahora, eso se hace mucho... en fin... algunos de mis alumnos piensan incluso, en fin, ahora... sí.. “¡Ahora hagamos otra cosa! La doctrina de Lacan, y bien, se sabe que es verdadera, está establecida, está adquirida... después de todo, ¡todo el mundo está de acuerdo! ¡Está en circulación!”... Sí...

Una cosa muy sorprendente es que los que hacen muy bien el trabajo de la transmisión sin citarme, pierden regularmente la ocasión —frecuentemente visible aflorando en su texto—, de hacer ¡justo el pequeño hallazgo que podrían hacer más allá! Pequeño o grande incluso. Porque por supuesto no tuve tiempo de decir todo siempre, acuñar todo, en fin no crean que en tanto que viva, ustedes podrán tomar ninguna de mis fórmulas como definitiva, tengo aún otras cositas en mi bolsa de malicias. Y a veces nada es más visible que el hecho de que están muy cerca de encontrarlo antes que yo y me daría tanto placer que un tipo haya hecho un hallazgo en mi bolsa de malicias antes que yo [risas]. Y bien, ¡para nada! No me citan ¿por

qué? Para que todo el mundo crea que es de ellos. Están tan fascinados por ese hecho, porque quieren ser ellos los que han dicho eso —todo el mundo sabe efectivamente que soy yo, pero importa poco—, qué es lo que les impide hacer el pasito siguiente; no puedo, se hace tarde esta noche, habría podido aportarles ejemplos, y después de todo no quiero ser malo, no es cierto [risas en la sala] entonces... Sí... ¿Y por qué, por qué harían el pequeño hallazgo ¡eh! si me citaban? No es porque me citaran, sino porque por el hecho de citarme presentificarían —es lo mismo que para los nombres propios en un psicoanálisis, los que saben que es tan útil que la gente los diga—, ellos evocarían el contexto, a saber, el contexto de la gresca a la cual empujo todo eso. Por el solo hecho de enunciarlo en este contexto de gresca, eso me remitiría a mi lugar, eso les permitiría a ellos, hacer justamente el pequeño hallazgo posterior y decir: “¡pero helo ahí... es groseramente incompleto, se puede decir algo tanto más inteligente!...” Sólo helo ahí, sólo helo ahí hay un obstáculo así, que hace que... que hace que —eso tiene cierta relación, en fin... les explicaré eso otra vez, eso se llama la alienación— ¿no es cierto? [Risas]. Hay cosas así, ustedes comprenden, que... en las cuales no se tiene elección. La última vez que les hice un breve discurso les hablé de una cosa divertida sobre el psicoanálisis, que pasó ¡porque en el fondo de todo, lo que digo pasa! Puedo decir todo lo que quiero, en fin, ¡no es cierto! Eso no les da ni frío ni calor... Hablé de la tontería y de la canallada, así entre otras... Y bien, el psicoanálisis —no puedo desarrollárselos esta noche—, es un dominio completamente extraordinario y específico, es lo que podría de hecho hacer pensar que pertenece verdaderamente a la naturaleza de la ciencia, yo jamás osé decirlo todavía: es que ahí la canallada no tiene ningún lugar. No puede manifestarse ahí. Entonces es como lo saben: la bolsa o la vida ¡eh!, no se tiene elección... Se elige naturalmente la vida: se es mutilado (*écorné*) en cuanto a la bolsa. Bien, ahí donde no se puede elegir, es lo que llamo la alienación —ven, se llega a una definición totalmente otra que la corriente—, ahí donde no se puede elegir la alternativa, se elige forzosamente la tontería (*bêtise*) un poquito mermada de canallada.

Ya está - hasta pronto.

Versión y traducción: Pablo Román, Roberto Pinciroli y Félix Contreras.